

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL  EN LENGUA ESPAÑOLA

Unicuique suum Non praevalent

Año L, número 23 (2.570)

Ciudad del Vaticano

8 de junio de 2018

Catequesis en la audiencia general
de los miércoles



La Iglesia somos todos

La semana del Papa

La tierra



Señor, despierta en nosotros la alabanza y la gratitud por nuestra Tierra y por cada ser que has creado

(@pontifex_es, 5 de junio, 09:30)

Cristo es luz



La presencia viva de Cristo en nosotros es luz que orienta nuestras elecciones, llama que calienta el corazón que va al encuentro del Señor

(@pontifex_es, 4 de junio, 09:30)

El amor



El amor sabe ver el bien incluso en una situación negativa, sabe custodiar la pequeña llama en medio de una noche oscura

(@pontifex_es, 1 de junio, 09:30)

La Eucaristía



En la Eucaristía está todo el sabor de las palabras y de los gestos de Jesús, el gusto de su Pascua, la fragancia de su Espíritu

(@pontifex_es, 31 de mayo, 09:30)

Reunión con chilenos víctimas de abusos

De acuerdo con el Papa Francisco, el arzobispo Charles Scicluna y monseñor Jordi Bertomeu «en los próximos días partirán de nuevo a Chile, esta vez en misión en la diócesis de Osorno». Lo indicó el pasado 31 de mayo el director de la Oficina de Prensa de la Santa Sede, Greg Burke, subrayando que la misión tiene como fin «avanzar en el proceso de reparación y sanación de las víctimas de abusos».

La declaración del director indicaba también que el Pontífice haría llegar al presidente de la Conferencia Episcopal de Chile una carta redactada personalmente y dirigida a todo el Pueblo de Dios, como había prometido a los obispos.

Además, el sábado 2 de junio, el Papa celebró la eucaristía con el grupo de cinco sacerdotes chilenos huéspedes en la Casa Santa Marta.

En un comunicado de la Oficina de prensa explicaron que iniciaron así los encuentros con los cuales el Pontífice pretende profundizar en la realidad vivida por una parte de los fieles y del clero chileno. El objetivo es poner remedio a la ruptura interna de la comunidad. Así se podrá empezar a reconstruir una relación sana entre los fieles y sus pastores, una vez que todos tomen conciencia de sus propias heridas.

A la delegación del patriarcado de Moscú

El ecumenismo se hace caminando. Lo reafirmó el Papa Francisco en el discurso que dirigió el 30 de mayo a una delegación del Patriarcado ortodoxo de Moscú guiada por el metropolitano Ilarione Volokolamsk. «Estoy contento —aseguró el Pontífice— de hacer con vosotros el camino de la unidad: el único camino que nos promete algo seguro, porque el camino de la división nos lleva a la guerra y a la destrucción».

Francisco reafirmó con fuerza que «la Iglesia católica nunca permitirá que de los suyos nazca un comportamiento de división». También invitó a abandonar «la bandera del unitarismo»: para el

Papa, «se deben respetar las Iglesias que están unidas a Roma, pero el unitarismo como camino de unidad hoy no funciona». El camino, en cambio, es aquel de la «mano tendida», del «abrazo fraternal: pensar juntos y caminar», dijo.

El Pontífice además afirmó que «las Iglesias católicas no deben inmiscuirse en los asuntos internos de la Iglesia ortodoxa rusa, ni tampoco en los asuntos políticos».

Esta, recalcó, «es mi actitud y la actitud de la Santa Sede hoy».

Vida custodiada y tutelada

La vida es un «don divino» que hay que «promover, custodiar y tutelar desde la concepción hasta el ocaso natural». Lo recordó el Pontífice hablando a los miembros de la Unión italiana Lucha contra la distrofia muscular, recibidos en audiencia en la mañana del sábado 2 de junio, en el Aula Pablo VI.

Expresando su propio ánimo, el Pontífice invitó a los miembros de la Unión a convertirse «cada vez más en testigos de solidaridad y de caridad evangélica. Vuestra obra preciosa, de hecho, es un factor peculiar de humanización: gracias a las diversas formas de servicio que vuestra asociación promueve y concretiza, hace la sociedad más atenta a la dignidad del hombre y a sus múltiples expectativas».

Representantes de la Iglesia luterana alemana

Apoyémonos los unos a los otros en el camino, también llevando adelante el diálogo teológico. Ningún diálogo ecuménico podrá avanzar si permanecemos quietos. Lo dijo el Papa Francisco en el encuentro con una delegación de la Iglesia evangélica luterana alemana, que tuvo lugar el 4 de junio.

También subrayó en su discurso que «debemos caminar, proseguir» pero no con la «prisa de correr hacia adelante para obtener objetivos deseables», sino «caminar juntos con paciencia, bajo la mirada de Dios».

Asimismo recordó que los quinientos años de historia —a veces dolorosa— que han visto a ambas partes en conflicto, han dejado espacio, en

los últimos cincuenta años, a una comunión creciente. De este modo, reconoció que ha sido posible «superar viejos prejuicios de ambas partes». Con la ayuda de Dios «de-seamos un futuro orientado a la superación plena de las divergencias», añadió. Por otro lado, el Pontífice indicó que como cristianos, católicos y luteranos, «estamos llamados a amarnos intensamente» pero también a «aliviar juntos las miserias de los necesitados y de los perseguidos».

Finalmente, precisó que algunos temas —la Iglesia, la eucaristía y el ministerio eclesial— merecen reflexiones puntuales y bien compartidas. «El ecumenismo pide también no ser elitista, sino implicar lo más posible a muchos hermanos y hermanas en la fe, creciendo como comunidad de discípulos que rezan, aman y anuncian».

Premio periodismo Biagio Agnes

Son necesarias «responsabilidad» y «vigilancia inteligente» en el ejercicio de la profesión periodística. Lo reafirmó el Papa el lunes 4 de junio, recibiendo en la Sala Clementina a una delegación del mundo de la comunicación con ocasión del premio de periodismo internacional Biagio Agnes.

Francisco les instó a seguir una recomendación: «Es necesario ser muy exigente con uno mismo para no caer en la trampa de las lógicas de contraposición por intereses y por ideologías».

Además el Pontífice señaló que con ocasión de viajes apostólicos y otros encuentros a menudo ve una diferencia de modalidades de producción: «de los clásicos equipos de televisión a los chicos y chicas que con un móvil saben crear una noticia para algún portal. O también de las radios tradicionales a verdaderas entrevistas hechas siempre con el móvil».

Y añadió que estas situaciones indican que se está viviendo «una transformación apremiante de las formas y de los lenguajes de la información». Francisco subrayó que «es laborioso entrar en ese proceso de transformación» y destacó que «es cada vez más necesario si queremos seguir siendo educadores de las nuevas generaciones».

En el Ángelus la invitación al respeto de la libertad y al diálogo

Basta de violencia en Nicaragua

Unido a los «hermanos obispos de Nicaragua», el Papa rezó para que «cese toda violencia» en el país centroamericano. El llamamiento del Pontífice fue dirigido en la plaza de San Pedro al finalizar el Ángelus con los fieles presentes a mediodía del domingo 3 de junio. Antes de la oración mariana Francisco había comentado el Evangelio de la solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy en muchos países, entre ellos Italia, se celebra la solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo o, según la expresión latina más conocida, la solemnidad del *Corpus Domini*. El Evangelio nos trae las palabras de Jesús, pronunciadas en la Última Cena con sus discípulos: «Tomad, este es mi cuerpo». Y después: «Esta es mi sangre de la alianza, que es derramada por muchos» (Marcos, 14, 22-24)

Precisamente en la fuerza de ese testamento de amor, la comunidad cristiana se reúne cada domingo y cada día, en torno a la eucaristía, sacramento del sacrificio redentor de Cristo. Y atraídos por su presencia real, los cristianos lo adoran y lo contemplan a través del humilde signo del pan convertido en su Cuerpo. Cada vez que celebramos la eucaristía, a través de este Sacramento sobrio y al mismo tiempo solemne, experimentamos la Nueva Alianza, que realiza en plenitud la comunión entre Dios y nosotros. Y como participantes de esta Alianza, nosotros, aunque pequeños y pobres, colaboramos en la edificación de la historia, como quiere Dios. Por eso, toda celebración eucarística a la vez que constituye un acto de culto público a Dios, recuerda la vida y hechos concretos de nuestra existencia. Mientras nos nutrimos con el Cuerpo y la Sangre de Cristo, nos asimilamos a Él, recibimos en nosotros su amor, no para retenerlo celosamente, sino para compartirlo con los demás. Esta lógica está inscrita en la eucaristía, recibimos su amor en nosotros y lo compartimos con los demás. Esta es la lógica eucarística. En ella, de hecho, contemplamos a Jesús como pan partido y donado, sangre derramada por nuestra salvación. Es una presencia que, como un fuego, quema en nosotros las actitudes egoístas, nos purifica de la tendencia a dar sólo cuando hemos recibido, y enciende el deseo de hacernos, también nosotros, en unión con Jesús, pan partido y sangre derramada por los hermanos.

Por lo tanto, la fiesta del *Corpus Domini* es un misterio de atracción y de transformación en Él. Y es escuela de amor concreto, paciente y sacrificado, como Jesús en la cruz. Nos enseña a ser más acogedores y disponibles con quienes están en búsqueda de comprensión, ayuda, aliento y están marginados y solos. La presencia de Jesús vivo en la eucaristía es como una puerta, una puerta abierta entre el templo y el camino, entre la fe y la historia, en-



tre la ciudad de Dios y la ciudad del hombre. Expresión de la piedad eucarística popular son las procesiones con el Santísimo Sacramento, que en la solemnidad de hoy se llevan a cabo en muchos países. También yo, esta tarde, en Ostia —como lo hizo el beato Pablo VI hace 50 años— celebraré la misa, a la que seguirá la procesión con el Santísimo Sacramento. Os invito a participar a todos, también espiritualmente, a través de la radio y la televisión. Que la Virgen nos acompañe en este día.

Después del rezo del Ángelus, el Papa recordó la beatificación en Nápoles de sor María Crucificada del Divino Amor, habló de la situación en Nicaragua y al saludar a los fieles se dirigió en particular a quienes estaban reunidos en Sotto il Monte, con el obispo de Bérgamo, para la peregrinación de los restos de san Juan XXIII en el aniversario de su muerte.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Ayer, en Nápoles fue proclamada beata sor María Crucificada del Divino Amor, nacida María Gargani, fundadora de las Hermanas Apóstoles del Sagrado Corazón. Hija espiritual de Padre Pío, era una verdadera apóstol en el ámbito escolástico y parroquial. Que su ejemplo y su intercesión sostengan a sus hijas espirituales y a todos los educadores. Un aplauso para la nueva beata, todos: ¡la saludamos!

Me uno a mis hermanos obispos de Nicaragua al expresar dolor por las graves violencias, con muertos y heridos, llevadas a cabo por grupos armados para reprimir protestas sociales. Rezo por las víctimas y por sus familiares. La Iglesia está siempre abierta al diálogo pero esto requiere el compromiso activo de respetar la libertad, y, primero de todo, la vida. Rezo para que cese toda

violencia y se aseguren las condiciones para la reanudación del diálogo lo antes posible. Os saludo a todos vosotros, peregrinos procedentes de Italia y de diversos países. En particular a aquellos de Helsinki, Huelva (España), Peuerbach (Austria) y Croacia. Saludo a los fieles de Caturano y Palermo, como también a la sociedad «Siderinox» de Abbiategrasso y a los chicos de la confirmación de Corridonia.

Dirijo un saludo especial a los fieles reunidos hoy en Sotto il Monte, con el obispo de Bérgamo, en el aniversario de la muerte de san Juan XXIII. Que la peregrinación en tierra bergamasca de los restos de este Pontífice, tan amado por el pueblo, pueda suscitar en todos generosos propósitos de bien. Y a todos os deseo un buen domingo. Por favor, no os olvidéis de rezar por mí.

¡Buen almuerzo y hasta pronto!

En memoria de Robert Kennedy

GIOVANNI MARIA VIAN

La noticia llegó al Vaticano a media mañana: Robert Kennedy, el senador estadounidense hermano del presidente asesinado menos de cinco años antes, estaba en condiciones muy graves. El joven hombre político había recibido un disparo en un hotel de Los Angeles, donde hasta bien entrada la noche había esperado con sus partidarios la victoria en las primarias de California. Pablo VI estaba encontrando a los peregrinos reunidos en San Pedro para la audiencia general de aquel miércoles, 5 de junio de 1968. «La fe exige acción», acababa de decir el Papa, y da al hombre «el sentido de la vida y de las cosas, la esperanza de la obra sabia y honesta, la fuerza de sufrir y amar». Fue en ese momento cuando Montini, en inglés y después en italiano, dio la noticia del atentado y de la agonía del hombre político al que había encontrado el 4 de febrero de 1967 y que definió, con la voz quebrada por la emoción como «joven hombre que se estaba ofreciendo a sí mismo al servicio público de su país». Pocas horas más tarde, con solo cuarenta y dos años, moría Bob Kennedy.

Se repetía así, también por las circunstancias nunca del todo claras, el destino del hermano John, que Pablo VI había recordado el mismo día del asesinato en Dallas, el 22 de noviembre de 1963, con palabras trans-

mitidas por la ABC, la red televisiva más difundida de Estados Unidos; y el de Martin Luther King. Un asesinato «vil y atroz», este, «que pesa en la conciencia del mundo» y cuyo recuerdo el Papa había llegado a unir «al de la trágica historia de la Pasión de Cristo» al final de la homilía del domingo de Ramos el 7 de abril de 1968, tres días después del atentado de Memphis que había apagado la vida del pastor protestante de treinta y nueve años que luchaba por los derechos civiles de los afroamericanos.

Tres figuras de cristianos que Montini asoció explícitamente el 9 de junio de 1968, hablando antes del Ángelus dominical. De ellos, dijo Pablo VI, «haremos bien en recordar la voz, a favor de los pobres, los desheredados, los apartados, del urgente progreso, en una palabra, de la justicia social, conseguida no con la violencia y con la lucha disconforme entre ciudadanos y hermanos, sino con la afirmación enérgica y coherente de la libertad, la hermandad y la responsabilidad».

Esa terrible noche en las cocinas del Ambassador de Los Angeles, donde Bob Kennedy era festejado por el personal del hotel, fue Juan Romero, un camarero mexicano de diecisiete años, quien puso en la mano del senador moribundo un rosario.

De su recuerdo, ahora confiado a los medios, y de las palabras de Montini medio siglo después, se siente como nunca la falta.

El Papa celebra en Ostia la misa del Corpus Christi

Jesús nos prepara un lugar y un alimento

A última hora de la tarde del domingo 3 de junio, el Papa Francisco llegó en coche a Ostia, donde presidió los ritos del Corpus Domini, según el calendario litúrgico de la Iglesia italiana. A su llegada, presidió la misa —de la que publicamos la homilía— en la plaza junto a la iglesia parroquial de Santa Mónica. Al finalizar tuvo lugar la procesión con el Santísimo Sacramento en algunas calles del barrio en el litoral romano, concluyendo cerca de la parroquia de Nuestra Señora de Bonaria, donde el Pontífice impartió la bendición eucarística.

En el Evangelio que hemos escuchado se narra la Última Cena, pero sorprendentemente la atención está más puesta en los preparativos que en la cena. Se repite varias veces el verbo «preparar». Los discípulos preguntan, por ejemplo: «¿Dónde quieres que vayamos a prepararte la cena de Pascua?» (Mc 14, 12). Jesús los envía a prepararla dándoles indicaciones precisas y ellos encuentran «una habitación grande, acondicionada y dispuesta» (v. 15). Los disci-

paciosa, la Iglesia, donde hay y debe haber un lugar para todos. Pero no ha reservado también un lugar arriba, en el paraíso, para estar con él y entre nosotros para siempre. Además del lugar nos prepara un alimento, un pan que es él mismo: «Tomad, esto es mi cuerpo» (Mc 14, 22). Estos dos dones, el lugar y el alimento, son lo que nos sirve para vivir. Son la comida y el alojamiento definitivos. Ambos se nos dan en la Eucaristía. Alimento y lugar.

dables, los regalos más bonitos y las tecnologías más avanzadas no bastan, jamás nos sacian del todo. La Eucaristía es un alimento sencillo, como el pan, pero es el único que sacia, porque no hay amor más grande. Allí encontramos a Jesús realmente, compartimos su vida, sentimos su amor; allí puedes experimentar que su muerte y resurrección son para ti. Y cuando adoras a Jesús en la Eucaristía recibes de él el Espíritu Santo y encuentras paz y alegría. Queridos hermanos y hermanas, escojamos este alimento de vida: pongámonos en primer lugar la Misa, descubramos la adoración en nuestras comunidades. Pidamos la gracia de estar hambrientos de Dios, nunca saciados de recibir lo que él prepara para nosotros.

ciudad» (v. 16). El Señor nos llama también hoy a preparar su llegada no quedándonos fuera, distantes, sino entrando en nuestras ciudades. También en esta ciudad, cuyo nombre —«Ostia»— recuerda precisamente la entrada, la puerta. Señor, ¿qué puertas quieres que te abramos aquí? ¿Qué portones nos pides que abramos, qué barreras debemos superar? Jesús desea que sean derribados los muros de la indiferencia y del silencio cómplice, arrancadas las rejas de los abusos y las intimidaciones, abiertas las vías de la justicia, del decoro y la legalidad. El amplio paseo marítimo de esta ciudad llama a la belleza de abrirse y remar mar adentro en la vida. Pero para hacer esto hay que soltar esos nudos que nos unen a los muelles del miedo y de la opresión. La Eucaristía invita a



pulos van a preparar, pero el Señor ya había preparado.

Algo similar ocurre después de la resurrección, cuando Jesús se aparece por tercera vez a los discípulos: mientras pescan, él los espera en la orilla, donde les prepara pan y pescado. Pero, al mismo tiempo, pide a los suyos que lleven un poco del pescado que acababan de pescar y que él les había indicado cómo pescarlo (cf. Jn 21, 6.9-10). También aquí, Jesús prepara con antelación y pide a los suyos que cooperen. Incluso, poco antes de la Pascua, Jesús había dicho a los discípulos: «Voy a prepararos un lugar [...] para que donde estoy yo estéis también vosotros» (Jn 14, 2.3). Es Jesús quien prepara, el mismo Jesús que, sin embargo, con fuertes llamamientos y parábolas, antes de su Pascua, nos pide que nos preparemos, que estemos listos (cf. Mt 24, 44; Lc 12, 40).

Jesús, en definitiva, prepara para nosotros y nos pide que también nosotros preparemos. ¿Qué prepara Jesús para nosotros? Prepara un lugar y un alimento. Un lugar mucho más digno que la «habitación grande acondicionada» del Evangelio. Es nuestra casa aquí abajo, amplia y es-

Jesús nos prepara un puesto aquí abajo, porque la Eucaristía es el corazón palpitante de la Iglesia, la genera y regenera, la reúne y le da fuerza. Pero la Eucaristía nos prepara también un puesto arriba, en la eternidad, porque es el Pan del cielo. Viene de allí, es la única materia en esta tierra que sabe realmente a eternidad. Es el pan del futuro, que ya nos hace gustar un futuro infinitamente más grande que cualquier otra expectativa mejor. Es el pan que sacia nuestros deseos más grandes y alimenta nuestros sueños más hermosos. Es, en una palabra, la prenda de la vida eterna: no solo una promesa, sino una prenda, es decir, una anticipación, una anticipación concreta de lo que nos será dado. La Eucaristía es la «reserva» del paraíso; es Jesús, viático de nuestro camino hacia la vida bienaventurada que no acabará nunca.

En la Hostia consagrada, además del lugar, Jesús nos prepara el alimento, la comida. En la vida necesitamos alimentarnos continuamente, y no solo de comida, sino también de proyectos y afectos, deseos y esperanzas. Tenemos hambre de ser amados. Pero los elogios más agra-

Pero, como a los discípulos entonces, también hoy a nosotros Jesús nos pide preparar. Como los discípulos le preguntamos: «Señor, ¿dónde quieres que vayamos a preparar?». Dónde: Jesús no prefiere lugares exclusivos y excluyentes. Busca espacios que no han sido alcanzados por el amor, ni tocados por la esperanza. A esos lugares incómodos desea ir y nos pide a nosotros realizar para él los preparativos. Cuántas personas carecen de un lugar digno para vivir y del alimento para comer. Todos conocemos a personas solas, que sufren y que están necesitadas: son sagrarios abandonados. Nosotros, que recibimos de Jesús comida y alojamiento, estamos aquí para preparar un lugar y un alimento a estos hermanos más débiles. Él se ha hecho pan partido para nosotros; nos pide que nos demos a los demás, que no vivamos más para nosotros mismos, sino el uno para el otro. Así se vive eucarísticamente: derramando en el mundo el amor que brota de la carne del Señor. La Eucaristía en la vida se traduce pasando del yo al tú. Los discípulos, dice el Evangelio, prepararon la Cena después de haber «llegado a la

dejarse llevar por la ola de Jesús, a no permanecer varados en la playa en espera de que algo llegue, sino a zarpar libres, valientes, unidos.

Los discípulos, concluye el Evangelio, «después de cantar el himno, salieron» (v. 26). Al finalizar la Misa, también nosotros saldremos. Caminaremos con Jesús, que recorrerá las calles de esta ciudad. Él desea habitar en medio de vosotros. Quiere visitar las situaciones, entrar en las casas, ofrecer su misericordia liberadora, bendecir, consolar. Habéis experimentado situaciones dolorosas; el Señor quiere estar cerca. Abrámosle las puertas y digámosle:

Ven, Señor, a visitarnos.

Te acogemos en nuestros corazones, en nuestras familias, en nuestra ciudad. Gracias porque nos preparas el alimento de vida y un lugar en tu Reino. Haz que seamos activos en la preparación, portadores gozosos de ti que eres la vida, para llevar fraternidad, justicia y paz a nuestras calles. Amén.

El Papa pide no tener miedo a las novedades e invita a rezar por la Amazonia

Hacer espacio al Espíritu Santo

La «conversión misionera» de las estructuras de la Iglesia exige «santidad personal y creatividad espiritual». Lo recordó el Papa a los participantes de la asamblea general de las Obras Misionales Pontificias, recibidas en audiencia el viernes por la mañana, 1 de junio, en la Sala Clementina.

Señor Cardenal, queridos hermanos y hermanas:

Con motivo de vuestra Asamblea General, os doy la bienvenida con alegría y os saludo cordialmente. Agradezco al Cardenal Filoni sus palabras introductorias y saludo al nuevo Presidente de las Obras Misionales Pontificias, Mons. Giampietro Dal Toso, quien participa por primera vez en nuestro encuentro anual. Deseo expresar mi profundo agradecimiento por vuestro trabajo de sensibilización misionera del Pueblo de Dios y os aseguro mi recuerdo en la oración.

Tenemos ante nosotros un camino interesante: la preparación del Mes Misionero Extraordinario de octubre de 2019, que convoqué durante la pasada Jornada Mundial de las Misiones del año 2017. Os invito con fuerza a vivir esta fase de preparación como una gran oportunidad para renovar el compromiso misionero de toda la Iglesia. También es una ocasión providencial para renovar nuestras Obras Misionales Pontificias. Siempre se deben renovar las cosas: renovar el corazón, renovar las obras, renovar las organizaciones, porque, de otro modo, terminaríamos todos en un museo. Nos tenemos que renovar para no acabar en un museo. Sabéis bien cuánto me preocupa el peligro de que vuestro trabajo se reduzca a la mera dimensión monetaria de la ayuda material —es una gran preocupación—, convirtiéndoos en una agencia más, aunque sea de inspiración cristiana. No es esto lo que querían los fundadores de las Obras Misionales Pontificias y el Papa Pío XI cuando las crearon y las organizaron al servicio del Sucesor de Pedro. Por esta razón propongo de nuevo, como actual y urgente, para la renovación de la conciencia misionera de toda la Iglesia hoy, la valiente y gran intuición del Papa Benedicto XV, contenida en su Carta apostólica *Maximum illud*: es decir, la necesidad de dar una nueva impronta evangélica a la misión de la Iglesia en el mundo.

Este objetivo común puede y debe ayudar a las Obras Misionales Pontificias a vivir una comunión de espíritu, colaboración recíproca y apoyo mutuo. Si la renovación es auténtica, creativa y eficaz, la reforma de vuestras Obras consistirá en una refundación, una reestructuración según las exigencias del Evangelio. No se trata simplemente de replantear las motivaciones para mejorar lo que ya hacéis. La conversión misionera de las estructuras de la Iglesia (cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 27) requiere santidad personal y creatividad espiritual. Por lo tanto, no solo renovar lo viejo, sino permitir que el Espíritu Santo cree lo nuevo. No nosotros: el Espíritu Santo. Hacer espacio al Espíritu Santo, dejarle que cree algo nuevo, que haga nuevas todas las cosas (cf. *Sal* 104, 30; *Mt* 9, 17; *2 P* 3, 13; *Ap* 21, 5). Él es el protagonista de la misión: es él el “jefe de la oficina” de las Obras Misionales Pontificias. Es él, no nosotros. No tengáis miedo de la novedad que proviene del Señor Crucificado y Resucitado: esta novedad es hermosa. Temed otras novedades: esas no están bien. Las que no vienen de esa raíz. Sed audaces y valientes en la misión, colaborando con el Espíritu Santo en comunión con la Iglesia de Cristo (cf. Exhort. ap. *Gaudete et exsultate*, 131). Y esta audacia significa caminar con la valentía, con el fervor de los primeros que anunciaron el Evangelio. Que vuestro libro frecuente de oración y de meditación sea los *Hechos de los Apóstoles*.



Id allí a encontrar inspiración. Y el protagonista de este libro es el Espíritu Santo.

Para vosotros, Obras Pontificias —que junto con la Congregación para la Evangelización de los Pueblos estáis preparando el Mes Misionero Extraordinario—, ¿qué comporta recapacitaros evangélicamente? Creo que significa simplemente una conversión misionera. Necesitamos recapacitarnos —la intuición de Benedicto XV—, de recapacitarnos a partir de la misión de Jesús, dar una nueva impronta al esfuerzo de recaudar y distribuir las ayudas materiales a la luz de la misión y de la formación que esta requiere, para que la conciencia, el conocimiento y la responsabilidad misionera vuelvan a ser parte de la vida ordinaria de todo el Pueblo santo de Dios.

«Bautizados y enviados: la Iglesia de Cristo en misión en el mundo». Este es el tema que hemos elegido para el Mes Misionero de octubre de 2019. Con él se quiere subrayar que el envío a la misión es una llamada inherente al bautismo y es para todos los bautizados. De este modo la misión es envío para la salvación, que realiza la conversión del enviado y del destinatario: nuestra vida es, en Cristo, una misión. Nosotros mismos somos misión porque somos el amor de Dios comunicado, somos la santidad de Dios creada a su imagen. Por lo tanto, la misión es nuestra propia santificación y la del mundo entero, desde la creación (cf. *Ef* 1, 3-6). La dimensión misionera de nuestro bautismo se traduce así en testimonio de santidad que da vida y belleza al mundo.

Por tanto, renovar las Obras Misionales Pontificias significa hacer propia desde un compromiso serio y valiente la santidad de cada uno y de la Iglesia como familia y comunidad. Os pido que renovéis con creatividad la naturaleza y la acción de las Obras Misionales Pontificias, poniéndolas al servicio de la misión, para que la santidad de la vida de los discípulos misioneros esté al centro de nuestras preocupaciones. De hecho, para colaborar en la salvación del mundo, debemos amarlo (cf. *Jn* 3, 16) y estar dispuestos a dar la vida sirviendo a Cristo, único Salvador del mundo. Nosotros no tenemos un producto que vender

—no tiene nada que ver con el proselitismo, no tenemos un producto que vender—, sino una vida que comunicar: Dios, su vida divina, su amor misericordioso, su santidad. Y es el Espíritu Santo que nos envía, nos acompaña, nos inspira: es él el autor de la misión. Es él quien conduce la Iglesia, no nosotros. Tampoco la institución Obras Misionales Pontificias. Podemos preguntarnos: ¿Le dejo a él ser el auténtico protagonista? ¿O quiero domesticarlo, enjaularlo en estructuras mundanas que, al final, nos llevan a concebir las Obras Misionales Pontificias como una compañía, una empresa, una cosa nuestra, pero con la bendición de Dios? No, esto no funciona. Debemos hacernos esta pregunta: ¿Dejo que sea él o lo enjaulo? Él, el Espíritu Santo, hace todo, nosotros solo somos sus siervos.

Como bien sabéis, durante el mes de octubre de 2019, Mes Misionero Extraordinario, celebraremos el Sínodo para la Amazonia. Acogiendo la preocupación de muchos fieles, laicos y pastores, he querido que nos reunamos para orar y reflexionar sobre los desafíos de la evangelización de estas tierras sudamericanas, donde viven importantes Iglesias particulares. Deseo que esta coincidencia nos ayude a fijar nuestra mirada en Jesucristo para afrontar problemas, desafíos, riquezas y pobreza; que nos ayude a renovar nuestro compromiso de servir al Evangelio para la salvación de los hombres y mujeres que viven en esas tierras. Oremos para que el Sínodo para la Amazonia pueda recapacitar evangélicamente la misión también en esta región del mundo sometida a tantas pruebas, explotada injustamente y necesitada de la salvación de Jesús.

María, cuando fue a ver a Isabel, no lo hizo como algo personal, fue como misionera. Fue como sierva del Señor que llevaba en su seno: de ella misma no dijo nada, solo llevó al Hijo y alabó al Señor. Una cosa es cierta: iba deprisa. Ella nos enseña esta fiel premura, esta espiritualidad de la urgencia. La prontitud de la fidelidad y de la adoración. No era ella la protagonista, sino la sierva del único protagonista de la misión. Y que esta imagen nos ayude. Gracias.

NURIA CALDUCH-BENAGES

La historia de estos libros y de los que, espero, seguirán empezó hace tres años, exactamente el 24 de mayo de 2015 en este mismo lugar. Nos reunimos aquí para presentar la versión española del suplemento femenino «donne chiesa mondo», que desde 2012 publica mensualmente el diario de la Santa Sede. La tarde fue muy agradable. Intervenciones, recuerdos, fragmentos de vida, emociones, agradecimientos y una gran esperanza para el futuro. Se había firmado un acuerdo, se había gestado un nuevo proyecto y se había creado una nueva red de contactos. Nos encontramos frente a un gran desafío. Aunque no se dijera abiertamente, para algunos de los presentes aquella ocasión había sido el comienzo de una prolongada colaboración. Y así fue, al menos por lo que a mí respecta.

Habían pasado apenas dos meses desde aquella presentación oficial cuando Luccetta Scaraffia me invitó a participar en la reunión del consejo de redacción de «donne chiesa mondo» para mantener un intercambio de ideas y proyectar juntos nuevas colaboraciones para el suplemento femenino. A decir verdad, estoy contenta de haber aceptado el desafío, porque estoy convencida de que ningún esfuerzo es suficiente cuando se trata de profundizar en el papel de la mujer en la Iglesia, de valorar su presencia y su iniciativa, de escuchar su voz y de reconocer su competencia.

La primera idea que me vino a la cabeza fue incluir una pequeña sección bíblica en el mensual. En ella se dedicarían algunas páginas a las

Siete años de «donne chiesa mondo»

Ha entrado en su séptimo año «donne chiesa mondo», el mensual de «L'Osservatore Romano», cuyo número de junio adjunto a la revista diaria está dedicado a las santas musulmanas. La circunstancia fue la inspiración el 31 de mayo —fiesta de la Visitación, día en el que salió en 2012 el primer número— de un encuentro en el espléndido palacio de la embajada de España ante la Santa Sede durante el que se presentaron dos libros nacidos del mensual fundado y dirigido por la historiadora Luccetta Scaraffia. En el centro, las mujeres en las Escrituras hebreas y cristianas, tema al que se dedican dos pequeños volúmenes que acaban de salir y editados por la biblista Nuria Calduch-Benages, religiosa de las Misioneras Hijas de la Sagrada Familia de Nazareth, especialista en literatura del Antiguo Testamento y que enseña en la Universidad Gregoriana y en el Pontificio Instituto Bíblico. *Mujeres de la Biblia* (Madrid, Ppc, 2018, 125 páginas, 15 euros) y *Donne dei Vangeli* (Milano, Vita e Pensiero, 2018, 110 páginas, 12 euros) recogen los textos que han salido en «donne chiesa mondo» respectivamente en 2016 y 2017. En presencia del embajador de España, de Aurelio Mottola, director de Vita e Pensiero, la editora de la Universidad católica del Sagrado Corazón que ya ha publicado otros dos libros nacidos del mensual, de diplomáticos, periodistas y eclesiásticos entre los que se encuentran el claretiano Aquilino Bocas Merino, que el Papa creará cardenal el próximo 28 de junio, e intervinieron Nuria Calduch-Benages, Luccetta Scaraffia y el director de «L'Osservatore Romano», moderados por el consejero eclesiástico don Antonio Pelayo. Publicamos el texto de Nuria Calduch-Benages y el saludo enviado por José Beltrán, director de la revista «Vida Nueva», que desde 2015 publica «donne chiesa mondo» en español.

mujeres de la Biblia, empezando por las del Antiguo Testamento para después, eventualmente, continuar con el Nuevo. Y en realidad así ha sido, pues hoy presentamos a la vez el primer volumen en su versión española y el segundo en lengua italiana. El primero se concentra en las mujeres del Antiguo Testamento y el segundo en aquellas del Nuevo Testamento. Aprovecho la ocasión para comunicarles que el tercer volumen ya está en gestación, pues este año el suplemento femenino está dedicado a las mujeres en el *corpus* paulino. En total sintonía con el espíritu y el objetivo del suplemento femenino «donne chiesa mondo», estos libros giran en torno a dos ejes: la Biblia y la mujer. Si me lo permiten, me gustaría hacer un par de breves reflexiones al respecto.

Hace treinta años, hablar de las mujeres de la Biblia era una novedad, al menos en nuestros países. No así en otros lugares (por ejemplo en los Estados Unidos), donde los estudios sobre la presencia y la importancia de la mujer y del elemento femenino en los textos bíblicos datan del siglo XIX. La pionera en esta aventura fue Elisabeth Cady Stanton (1815-1902). Junto a otras veintiséis mujeres, esta notable sufragista norteamericana escribió *The Women's Bible* («La Biblia de la mujer»), en aquella época un auténtico *best-seller*, que fue publicado en Nueva York en dos volúmenes, respectivamente en los años 1895 y 1898. Las autoras decidieron comentar solamente aquellos textos bíblicos donde las mujeres estaban presentes y aquellos en los cuales su ausencia era clamorosa. En sus comentarios denunciaban los prejuicios masculinos, su influencia en la interpretación de la Biblia y la misoginia de algunos textos. La reacción no se hizo esperar, y las críticas llovieron de todas partes.

La situación actual es, afortunadamente, muy distinta y, en muchos aspectos, cargada de esperanza. En estas últimas décadas, el interés por el estudio de las mujeres de la Biblia ha crecido hasta lo inverosímil. Dan prueba de ellos las numerosas publicaciones que se suceden a un ritmo vertiginoso. Y no me refiero solamente a los abundantes estudios u obras sobre los personajes femeninos en concreto (las marianas, las profetisas, las mujeres sabias, las reinas, las heroínas, las esclavas, las esposas, las hijas, las prostitutas...), sino también a otros temas o aspectos relacionados con la mujer como pueden ser el uso de las imágenes o metáforas femeninas, el lenguaje femenino, la hermenéutica bíblica feminista, la mujer en el antiguo oriente próximo, en la arqueología, en Qumrán...

Tomar a la mujer como objeto de estudio en la Biblia se puede hacer de muchas maneras y con objetivos muy distintos. Unos textos (especialmente los más famosos) se pueden estudiar para tratar de corregir algunas interpretaciones tradicionales en contra la mujer. Los textos sobre las mujeres también se pueden estudiar para arrojar luz sobre algunas tradiciones olvidadas en las que la mujer ejercía un cierto liderazgo; o incluso para investigar sobre la vida real de las mujeres, que la cultura patriarcal ha relegado al silencio y al anonimato.

Basta un ejemplo. En el llamado «Elogio de los padres» (*Sirácide* 44-50). Ben Sira pasa revista a la historia de Israel desde el patriarca antediluviano Henoc hasta su cotáneo, el sumo sacerdote Simón II, hijo de Onías II, llamado «el Justo» (Ca. 220-195 antes de Cristo). La galería de personajes ilustres que desfila en sus páginas está compuesta por patriarcas (Noé, Abraham, Isaac, Jacob), caudillos (Moisés, Josué, Caleb), sacerdotes (Aarón, Pinjés), reyes (David, Salomón, Saúl, Roboán, Jeroboán, Ezequías, Josías), profetas (Samuel, Natán, Isaías, Ezequiel, Elías, Eliseo, Jeremías) y otros como Zorobabel y Nehemías. Sorprende el hecho de que todos los héroes mencionados sean varones. En el elenco no aparece ninguna mujer con nombre propio, ni siquiera incidentalmente. Las únicas mujeres que se mencionan son las muchachas que cantaban a David por su triunfo sobre diez mil y las mujeres con las que Salomón se divertía



Fra Angelico, La Anunciación (1437-46)

Aquel error del masculino singular

JOSÉ BELTRÁN

Lamento mucho no poder acompañaros esta tarde, pero la entrega hoy mismo del premio de periodismo Ángel Herrera Oria a «Vida Nueva» en la persona de Miguel Ángel Malavia me ha impedido unirme a esta presentación de los libros *Mujeres de la Biblia* y *Donne dei Vangeli*. Basta con sumergirse en cualquiera de sus páginas para constatar que no se puede concebir ni entender la historia de la salvación sin los muchos rostros femeninos que, en lo que parece un segundo plano, tienen el sabor de profecía, así como es imposible pensar en un Evangelio sin aquel Jesús que confirió poder a la mujer o aquel Dios que se encarnó en una joven nazarena para encarnarse.

Por eso, hoy es inimaginable una Iglesia que avance sin la dedicación de algunas mujeres que, sin embargo, aún no ocupan el lugar que se merecen. Y ciertamente «Vida Nueva» hoy no podría mantenerse sin la voz de Luccetta Scaraffia, Silvana Pérez, Giulia Galeotti, Nuria Calduch, Dolores Alexandre y otras colaboradoras de «donne chiesa mondo» y de nuestra revista. Un gracias a todas ellas, porque nos recuerdan que la Iglesia hoy más que nunca es femenina plural, incluso si caemos aún en el error de considerarla masculina singular.

El éxito de la exégesis bíblica femenina

tía y que, como se recordará, fueron la causa de su perdición.

Ben Sira habría podido mencionar, por ejemplo, a las marianas (al menos a Sara), a Miriam, la profetisa, hermana de Moisés y de Aarón, o a Débora, la juez que impartía justicia bajo la palma entre Ramá y Betel. Pero no lo ha hecho. Decide ignorarlas, callando así sus historias y silenciando sus voces. No conocemos —nadie puede conocerla— la razón de esa decisión, pero ciertamente no se debió a la ignorancia o la negligencia. Personalmente creo que la razón ha de relacionarse con la memoria colectiva, es decir, con el conjunto de representaciones del pasado que todo grupo social selecciona, conserva, elabora y comunica para distinguirse así de otros grupos y reforzar la propia identidad. Ben Sira era un maestro de sabiduría muy conocido en Jerusalén, donde enseñaba a los niños de las familias acomodadas. Era, por tanto, una persona culta, con autoridad, cuya doctrina era un punto de referencia para las jóvenes generaciones. En la memoria colectiva que había recibido, las mujeres aún no habían dejado ninguna huella o, mejor aún, estaban ahí como huellas genéricas que afirmaban, en tono más bien negativo, su existencia y corroboraban su insignificancia.

En otras palabras, para Ben Sira, el recuerdo de las mujeres no tenía valor. Por este motivo no hay nombres femeninos en el «Elogio de los

padres», un texto, como tantos otros, declinado por completo en masculino. Elogiar a una mujer en particular habría significado admirarla, reconocer su cualidad y sus acciones y, a fin de cuentas, considerarla persona ejemplar, digna de ser imitada; pero esto, obviamente, no se compatía con el prejuicio androcéntrico que dominaba la antigua sociedad mediterránea, donde el honor de ser recordado estaba reservado casi exclusivamente a los varones. La ausencia de nombres femeninos en *Sirácide* 44-50 no se debe simplemente a la misoginia del autor, como sostienen algunos estudiosos, sino que su raíz se hunde en la memoria y en la identidad colectiva de uno de los grupos más influyentes en la sociedad de la época, cuyo máximo representante es el sabio Ben Sira. No cabe duda que hemos recuperado a las mujeres de la Biblia como objeto de estudio, pero ahora quisiera hablar de la mujer como sujeto de estudio de la Biblia, dos realidades que están estrechamente unidas porque han sido principalmente, aunque no exclusivamente, las mujeres las que se han interesado y se siguen interesando por las figuras bíblicas femeninas y los temas afines. Elisabeth Cady Stanton y el grupo de mujeres que la ayudó en su empresa contaban con escasos recursos y poquísima preparación (ella misma lo cuenta en la introducción). En la actualidad la situación es otra, pero con todo las biblistas seguimos siendo menos (muchas menos) que

nuestros colegas varones. A pesar de la diferencia numérica, nuestra presencia y contribución en el mundo académico no es irrelevante.

El año pasado en el Pontificio Instituto Bíblico cursaron los estudios de Sagrada Escritura 301 estudiantes de los cuales 50 mujeres. (Algo es algo y ciertamente el porcentaje es mucho más alto que en mi época de estudiante (no llegábamos a 101 entre ellas 4 españolas que éramos auténtica revolución). Más estadísticas: en la Pontificia Universidad Gregoriana de 311 profesores, 61 son mujeres; en mi curso de profetas de este año, de 120 alumnos solo 9 son mujeres. Para dar voz y visibilidad a las mujeres biblistas y para que los lectores puedan aprender de ellas, hemos invitado a algunas a contribuir en nuestro proyecto «donne chiesa mondo». Hemos intentado no repetir nombres para dar cabida a cuantas más mejor (a excepción de la presente que se siente con la responsabilidad de dejar su huella en cada volumen). Muchas son exalumnas del Bíblico, de la Gregoriana y otras provienen de otros ambientes académicos, la mayoría profesoras (algunas ya eméritas) en universidades o en otros centros que, además de cumplir con sus responsabilidades académicas, se dedican a la difusión de la Escritura. Me siento orgullosa de poder conocerlas personalmente a casi todas ellas (alguna rara excepción). Precedentes de distintos continentes y pertenecientes a diversas confesiones religiosas, son

personas comprometidas con la Iglesia y la sociedad. Todas, sin excepción han aceptado nuestra invitación. Todas han agradecido que hayamos pensado en ellas y se han mostrado dispuestas a colaborar. Sin incluir a los varones (algunos también han sido llamados a colaborar), hemos creado una red de mujeres biblistas que está dando mucho fruto.

Concluyo. Hace ya algunos años descubrí a las mujeres bíblicas. Ellas siempre habían estado allí, pero yo no había advertido ni su presencia ni su sabiduría. No había oído su voz, no había captado su mensaje, no me había percatado de su fuerza interior y había pasado por alto su fe y confianza en Dios. Las descubrí gracias a otras mujeres que me abrieron los ojos y prepararon el camino. Sus intuiciones, comentarios y publicaciones me facilitaron el viaje por un terreno que para mí era desconocido y que, en cambio, ahora siento como mío. En el me siento en casa.

Por eso, les invito a salir en busca de las mujeres bíblicas sepultadas por el peso secular del silencio. Les invito a rastrear sus huellas, a conocer sus nombres o su anonimato, a escuchar sus historias con atención, para poder así restituirlas un rostro y una voz. Les invito a mantener vivo su recuerdo y a reconstruir su historia tejida de luces y sombras. En otras palabras, les invito a profundizar en nuestras raíces bíblicas a través de nuestras ilustres antepasadas.

Entrevista al padre Edie Bethlem de la comunidad Shalom

Los jóvenes son parte importante de la Iglesia

ROCÍO LANCHO GARCÍA

La iniciativa «Tras las huellas de María», vigiliat de oración con jóvenes de Roma con vista al Sínodo de los jóvenes, busca darles un espacio para que se sientan protagonistas en la Iglesia. Lo explica en esta entrevista el padre Edie Bethlem Suassuna Lemos, responsable de la Comunidad católica Shalom en Roma.

¿Cómo nació esta iniciativa de las vigiliat marianas «Tras las huellas de María»?

La comunidad católica *Shalom* acogió, después de un encuentro con el cardenal Stanislaw Rylko, la calorosa invitación a considerar la basílica de Santa María Mayor como lugar en el que los jóvenes puedan sentirse familiares, sobre todo en este año dedicado a ellos. Dos días después nos reunimos con el secretario del Sínodo, el cardenal Lorenzo Baldisseri, que dio su apoyo y animó esta iniciativa.

Así nos pusimos a trabajar sobre el proyecto de una vigilia mensual para los jóvenes, aprovechando las gracias que la Iglesia nos invitaba a vivir dentro del camino sinodal y en vista de la próxima Jornada mundial de la juventud que se celebrará en Panamá en 2019, con un protagonismo especial de los jóvenes, tanto en la preparación como en la realización. Habiendo recibido también el apoyo del Dicasterio para los laicos, la familia y la vida, junto con los movimientos y asociaciones que se han unido a este proyecto, el camino sinodal «Tras las huellas de María», en la basílica Santa María Mayor,



está acercando así a los jóvenes a la figura de María, como referencia segura para el descubrimiento de su vocación e incluyéndoles en un recorrido concreto de crecimiento de fe.

¿Cómo se desarrolla el momento de la vigilia?

Las vigiliat se están celebrando cada tercer sábado de mes, desde enero de este año, de las 19.30 a las 21.30, con la participación activa de los jóvenes. Ellos responden a las intervenciones de los invitados con preguntas y aportaciones, que se completan con la ayuda de testimonios de vida concretos. Todo va acompañado de un momento de oración e intercesión, con adoración eucarística. Se desarrollan entre momentos de cantos, intervenciones de los invitados, preguntas y respuestas, testimonios, música, concluyendo con la adoración eucarística. La cualidad de cada momento es importante para garantizar la participación durante todo el recorrido, haciéndolo atractivo. Todo está preparado con gran celo para llevar al joven a un encuentro personal con Jesucristo, custodiado por la Santísima Virgen María.

¿Cómo ha sido la respuesta de los jóvenes de Roma hasta ahora?

La implicación de otras realidades eclesiales en la organización, particularmente del Movimiento de los Focolares, de la Comunidad de Emmanuel, y de la Renovación Carismática Católica, como signo de unidad en vista de la misión con los jóvenes, ha dado una gran fuerza a cada vigilia. La respuesta es siempre muy positiva, teniendo la participación de unos 150 jóvenes en cada vigilia.

¿Cuáles son los frutos que les gustaría dejar con estas vigiliat?

Hacer madurar en los jóvenes el deseo de seguir a María en un camino de discipulado y misionaridad,

conscientes de su protagonismo dentro de la Iglesia, siguiendo el ejemplo del Papa Francisco, que antes de cada viaje apostólico, se detiene a rezar en esta basílica, delante del icono de la *Salus Populi Romani*.

Y respecto al Sínodo, ¿cuáles piensa que son las esperanzas y expectativas de los jóvenes?

Una vez más la Iglesia confirma que los jóvenes son parte importante de la Iglesia: «estáis invitados porque vuestra aportación es indispensable» decía el Papa Francisco en su discurso a los jóvenes de la reunión presinodal. Encontramos en los jóvenes, después de la experiencia de 5 vigiliat, el deseo de sentirse protagonistas escuchados por la Iglesia y partícipes de ella. Los jóvenes nos están confirmando lo que ha surgido en los trabajos en la reunión presinodal, en la que se identificaban tres palabras que expresan sus expectativas sobre la Iglesia: «casa», «comunidad» y «familia». ¡Esto es lo que los jóvenes esperan de la y en la Iglesia!

¿De qué forma estos encuentros de oración pueden ayudar a los jóvenes de Roma?

En el año del Sínodo de los obispos que tiene como tema *Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional*, un año dedicado especialmente a los jóvenes, queremos incluirles en un recorrido concreto de crecimiento de la fe, tras las huellas de María. La modalidad principal es la de favorecer la participación y la implicación de grupos y realidades deseosas de encontrarse en un camino común de conocimiento y de profundización humana y espiritual, en un lugar concreto según un calendario de encuentros, de forma que se cree un ambiente familiar donde los jóvenes puedan encontrar, conocer y experimentar la oración y la intercesión. Otro de los aspectos esenciales de

los encuentros es el diálogo, tanto entre los jóvenes como entre las diferentes generaciones. De hecho el desarrollo de los encuentros está ocupado siempre por dos momentos reservados a la conversación, preguntas y respuestas entre los jóvenes y el invitado y después el testimonio de un joven. En el centro de este diálogo está por tanto la intención de favorecer ese protagonismo de los jóvenes deseado por el Sínodo.

¿Qué están preparando para la vigilia del 16 de junio?

La próxima vigilia del 16 de junio, ya sexto encuentro de este camino, tendrá en el centro el tema «Aprendemos a llorar». El argumento tomado de un discurso del Papa Francisco a los jóvenes de Filipinas tiene como objetivo reflexionar y rezar sobre el sufrimiento, vivido e iluminado por la mirada de la fe, que no nos lleva a huir de esta dimensión, sino que, al contrario, nos puede ofrecer la oportunidad de acoger y hacernos cercanos al dolor del otro, alejando de nosotros la indiferencia y abriéndonos así a esa consolación que lograremos donar solo si la experimentamos. El invitado del próximo encuentro será el padre Raffaele Lanzilli, miembro de la Secretaría general del Sínodo, que responderá a preguntas formuladas por algunos jóvenes presentes. Seguirá el testimonio de un joven sobre la experiencia personal respecto al tema del encuentro. El esquema de la vigilia seguirá el orden habitual, con el momento de alabanza inicial y de adoración final animada con cantos, oraciones de intercesión y puntos de reflexión. La vigilia del 16 de junio será la última antes del descanso de verano. Las vigiliat se retomarán el sábado 22 de septiembre.

Pésame por las víctimas en Guatemala

El Santo Padre, profundamente apenado al conocer la triste noticia de la violenta erupción del volcán de Fuego, que ha ocasionado numerosas víctimas e ingentes daños materiales que han afectado a un significativo número de habitantes de la zona, ofrece suffragios por el eterno descanso de los fallecidos y oraciones por todos los que sufren las consecuencias de ese desastre natural. Ruego a vuestra excelencia que transmita el sentido pésame de su Santidad, junto con expresiones de consuelo, a los familiares que lloran la pérdida de sus seres queridos, así como su cercanía espiritual a los heridos y a los que trabajan denodadamente en auxiliar a los damnificados, mientras pide al Señor que derrame sobre todos ellos los dones de la solidaridad, la serenidad espiritual y la esperanza cristiana, en prenda de lo cual les imparte de corazón la bendición apostólica.

CARDENAL PIETRO PAROLIN
Secretario de Estado
de su Santidad

Telegrama del Papa

Señor cardenal Leopoldo José Brenes Solórzano, arzobispo de Managua

Al recibir con dolor la noticia del fallecimiento del eminentísimo cardenal Miguel Obando Bravo, S.D.B., arzobispo emérito de Managua, expreso a vuestra eminencia mi sentimiento de pesar, rogando que tenga la bondad de transmitirlo también a los miembros de la sociedad de don Bosco, a los familiares del difunto prelado y a cuantos forman parte de esa amada arquidiócesis.

Asimismo, recordando a este abnegado pastor que, durante años y con generosa fidelidad, entregó su vida al servicio de Dios y de la Iglesia, ofrezco suffragios por el eterno descanso de su alma, para que el Señor Jesús le otorgue la corona de gloria que no se marchita y a todos imparto la bendición apostólica.

FRANCISCUS PP.

Con ocasión de la publicación del documento del Dicasterio para los laicos, la familia y la vida «Dar lo mejor de uno mismo. Sobre la perspectiva cristiana del deporte y la persona humana», el Papa hizo llegar al cardenal prefecto Kevin Farrell el mensaje que publicamos a continuación.

Al venerado hermano
Señor Cardenal Kevin Farrell
Prefecto del Dicasterio para los Laicos, la
Familia y la Vida

Con alegría recibí la noticia de la publicación del documento «Dar lo mejor de uno mismo», sobre la perspectiva cristiana del deporte y la persona humana, que el Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida ha preparado con el objetivo de resaltar el papel de la Iglesia en el mundo del deporte y de cómo el deporte puede ser un instrumento de encuentro, de formación, de misión y santificación.

El deporte es un lugar de encuentro donde personas de todo nivel y condición social se unen para lograr un objetivo común. En una cultura dominada por el individualismo y el descarte de las generaciones más jóvenes y de los más mayores, el deporte es un ámbito privilegiado en torno al cual las personas se encuentran sin distinción de raza, sexo, religión o ideología y donde podemos experimentar la alegría de competir por alcanzar una meta juntos, formando parte de un equipo en el que el éxito o la derrota se comparte y se supera; esto nos ayuda a desechar la idea de conquistar un objetivo centrándonos solo en uno mismo. La necesidad del otro abarca no solo a los compañeros de equipo sino también al entrenador, los aficionados, la familia, en definitiva, todas aquellas personas que con su entrega y dedicación hacen posible llegar a «dar lo mejor de uno mismo». Todo esto hace del deporte un catalizador de experiencias de comunidad, de familia humana. Cuando un padre juega con su hijo, cuando los chicos juegan juntos en el parque o en la escuela, cuando el deportista celebra la victoria con los aficionados, en todos esos ambientes se puede ver el valor del deporte como lugar de unión y encuentro entre las personas. ¡Los grandes objetivos, en el deporte como en la vida, los logramos juntos, en equipo!

El deporte es también un vehículo de formación. Quizás hoy más que nunca debemos fijar la mirada en los jóvenes, puesto que, cuanto antes se inicie el proceso de formación, más fácil resultará el desarrollo integral de la persona a través del deporte. ¡Sabemos cómo las nuevas generaciones miran y se inspiran en los deportistas! Por eso, es necesaria la participación de todos los deportistas, de cualquier edad y nivel, para que los que forman parte del mundo del deporte sean un ejemplo en virtudes como la generosidad, la humildad, el sacrificio, la constancia y la alegría. Del mismo modo, deberían dar su aportación en lo que se refiere al espíritu de equipo, el respeto, la competitividad y la solidaridad con los demás. Es esencial que todos seamos conscientes



Mensaje del Papa sobre la perspectiva cristiana del deporte

Juego de equipo

de la importancia que tiene el ejemplo en la práctica deportiva, ya que es buen arado en tierra fértil que facilitará la cosecha siempre que se cuide y se trabaje adecuadamente.

Por último, quisiera resaltar el papel del deporte como medio de misión y santificación. La Iglesia está llamada a ser un signo de Jesús en medio del mundo, también a través del deporte en los «oratorios», en las parroquias y en las escuelas, en las asociaciones, etc... Siempre es ocasión de llevar el mensaje de Cristo, «a tiempo y a destiempo» (2 *Tim* 4, 2). Es importante llevar, comunicar esta alegría que transmite el deporte, que no es otra que descubrir las potencialidades de la persona, que nos llaman a desvelar la belleza de la creación y del propio ser humano puesto que está hecho a imagen y semejanza de Dios. El deporte puede abrir el camino a Cristo en aquellos lugares o ambientes donde por diferentes motivos no es posible anunciarlo de manera directa. Y las personas con su testimonio de alegría, con la práctica deportiva en comunidad, pueden ser mensajeras de la Buena Noticia.

Dar lo mejor de uno mismo en el deporte, es también una llamada a aspirar a la santidad. Durante el reciente encuentro con los jóvenes en preparación al Sínodo de los Obispos manifesté la convicción de que todos los jóvenes allí presentes físicamente o a través de las redes sociales, tenían el deseo y la esperanza de dar lo mejor de uno mismo. He utilizado la misma expresión en el reciente exhortación apostólica, recordando que el Señor tiene una forma única y específica de llamada a la santidad para todos nosotros: «Lo que interesa es que cada creyente discierna su propio camino y saque a la luz lo mejor de sí, aque-

llo tan personal que Dios ha puesto en él» (*Gaudete et Exsultate*, 11).

Es necesario profundizar en la estrecha relación que existe entre el deporte y la vida, para que puedan iluminarse recíprocamente, para que el afán de superación en una disciplina atlética sirva también de inspiración para mejorar siempre como persona en todos los aspectos de la vida. Tal búsqueda, con la ayuda de la gracia de Dios, nos encamina a aquella plenitud de vida que nosotros llamamos santidad. El deporte es una riquísima fuente de valores y virtudes que nos ayudan a mejorar como personas. Como el atleta durante el entrenamiento, la práctica deportiva nos ayuda a dar lo mejor de nosotros mismos, a descubrir sin miedo nuestros propios límites, y a luchar por mejorar cada día. De esta forma, «en la medida en que se santifica, cada cristiano se vuelve más fecundo para el mundo» (*ibidem*, 33). Para el deportista cristiano, la santidad será entonces vivir el deporte como un medio de encuentro, de formación de la personalidad, de testimonio y de anuncio de la alegría de ser cristiano con los que le rodean.

Ruego al Señor, por intercesión de la Santísima Virgen, para que este documento produzca frutos abundantes tanto en el compromiso eclesial con la pastoral del deporte, como más allá de las fronteras de la Iglesia. A todos los deportistas y los agentes de pastoral que se reconocen en el gran «equipo» del Señor Jesús les pido por favor que recen por mí y envíen de corazón mi bendición.

Vaticano, 1 de junio de 2018
Fiesta de San Justino, mártir

FRANCISCO

La homilía del Pontífice

Misa en Santa Marta

Contra el veneno de la maledicencia

Con la técnica de la «fingida unidad» se engaña desde siempre al pueblo para dar, aún hoy, golpes de estado, condenar a los justos —comenzando por Jesús— pero también para destruir la vida en las comunidades cristianas, acabando con las personas a golpe de chácharas. Es de este «comportamiento asesino» de lo que el Papa puso en guardia en la misa celebrada el jueves 17 de mayo en Santa Marta, re-proponiendo la esencia de la verdadera unidad testimoniada por Cristo mismo en la oración al Padre «para que todos sean una sola cosa». Y precisamente «en la liturgia de hoy —señaló inmediatamente el Pontífice— podemos ver dos caminos, dos pesos, dos medidas, para llegar a la unidad». Se trata de «dos tipos de unidad». Y «la primera», explicó Francisco refiriéndose al pasaje del *Evangelio según san Juan* (17, 20-26) es aquella para la que «Jesús reza al Padre por nosotros, “para que todos sean uno”, una, “como tú, Padre, en mí y yo en ti, para que el mundo crea que tú me has enviado”». Es, en definitiva, «la unidad a la que nos lleva Jesús» afirmó el Papa, «la unidad en el Padre, como él es con el Padre». Y es «una unidad constructiva, una unidad que va arriba, siempre; es una unidad acogedora, que hace la Iglesia una».

Y «el Espíritu Santo —insistió el Pontífice— nos lleva siempre hacia esta unidad: una unidad de salvación, porque Jesús quiere salvar a todos y nos lleva a esta unidad». Esta, relanzó Francisco, es también «una unidad que no termina: irá hacia la eternidad, es decir, tiene grandes horizontes». Y «así crece la unidad y cuando nosotros, en la vida, en la Iglesia o en la sociedad civil trabajamos por la unidad, estamos en este camino». Conscientes de que «cada persona que trabaja por la unidad está en el camino que Jesús ha trazado». Precisamente «esta es la gran unidad —añadió el Papa— aquella que nos revela al Padre y nos hace ver el núcleo de la revelación que Jesús nos trajo». Pero «hay otro tipo de unidad que yo llamaría “unidad fingida” o unidad coyuntural: la que tienen los acusadores de Pablo en la primera lectura» afirmó el Pontífice, haciendo referencia al pasaje de los *Hechos de los apóstoles* (22, 30 23, 6-11). Estos acusadores, de hecho, explicó el Papa, «se presentan como un bloque para acusar a Pablo: “va contra la ley, va contra esto, es un blasfemo”». Por su

parte, «el procurador romano ve a esta gente y dice “pero es todo el pueblo, uno”» pero, prosiguió Francisco, «Pablo, que era esbelto —porque el Espíritu Santo también nos permite ser humanamente esbeltos: nos pide eso— y sabía que la unidad era fingida, era coyuntural solamente, tira la piedra de división». Se lee, de hecho, en la página de los Hechos: «Pablo, sabiendo que una parte era de los saduceos y una parte de los fariseos dijo a gran voz en el sanedrín —tira la piedra— “Hermanos, yo soy fariseo, hijo de fariseos; estoy llamado a juicio con motivo de la esperanza de la resurrección de los muertos”».

Y «esta es la piedra que tira Pablo contra esta falsa unidad que lo acusa». Tanto que, «continúa el texto: “apenas hubo dicho esto, explotó una disputa entre los fariseos y los saduceos”. Se disolvió la unidad, disputan entre ellos. Primero disputaban contra Pablo para acusarlo y condenarlo a muerte; pero Pablo, con aquella frase, destruye aquella unidad porque era fingida, no tenía consistencia. “Explotó una disputa entre fariseos y saduceos y la asamblea se dividió. Los saduceos, de hecho, afirman que no hay resurrección ni ángeles ni espíritus; los fariseos en cambio profesan todas estas cosas”». En definitiva, «Pablo, con la sabiduría humana que tenía y la sabiduría del Espíritu Santo, fue capaz de destruir este bloque de unidad». Por el resto, continuó el Papa, «lo mismo hemos visto en las persecuciones de Pablo, por ejemplo en Jerusalén».

De hecho, «el texto de los *Hechos de los apóstoles* dice que todos aquellos que estaban congregados allí gritaban contra Pablo pero ninguno sabía ni escuchaba al otro, no sabía qué gritaban: habían sido convocados para hacer ruido». Y «lo mismo, por ejemplo» afirmó Francisco, sucedió «con los operadores de Artemisa de los efesios, en Éfeso cuando —dice el texto— ninguno sabía el motivo por el que gritaba» como cuentan los Hechos en el capítulo 19. En la práctica, explicó el Pontífice, así «el pueblo se convierte en masa, anónimo: hace una unidad anónima y los dirigentes dicen “debe gritar contra eso” y gritan».

Incluso si «después no saben por qué gritan, qué quieren». «Esta instrumentalización del pueblo es también un desprecio al pueblo, porque lo convierte en pueblo en masa» dijo Francisco. Haciendo notar que «es un elemento que se repite mucho, desde los primeros tiempos hasta ahora. Pensemos arriba: el domingo de Ramos todos aclaman “Bendito seas tú, que vienes en nombre del Señor”», pero el «viernes después la misma gente grita “crucificado”». La respuesta es que se ha lavado el cerebro y así cambiaron las cosas: en la práctica «han convertido al pueblo en una masa que destruye». Es más, sugirió Francisco, «pensemos en Esteban: buscan inmediatamente dos falsos testimonios y así la gente va a lapidar a Esteban». Y «en el Antiguo Testamento pensamos en la misma técnica» puesta en práctica «por la reina Jezabel con Nabot», según lo referido en el primer libro de los Reyes. Es siempre «lo mismo: se crean condiciones seguras, “brumosas”, para condenar a una persona». Sí, «después aquella unidad» termina por deshacerse, pero mientras «la persona es condenada». «Incluso hoy este método es muy usado» puso en guardia el Papa. «Por ejemplo, en la vida civil, en la vida política, cuando se quiere dar un golpe de estado, los medios empiezan a mal hablar de la gente, de los dirigentes y con la calumnia y la difamación, les manchan. Después entra la justicia, les condena y, finalmente se da el golpe de estado. Es un sistema entre los más impropios».

Pero precisamente «con este método —aclaró Francisco— fue perseguido Pablo» y fueron perseguidos «Jesús, Esteban y después todos los mártires». Ciertamente, añadió el Pontífice, finalmente «la gente que iba al circo y gritaba para ver cómo se hacía la lucha entre los mártires y las fieras o los gladiadores, pero siempre, el eslabón de la cadena para llegar a la condena o a otro interés después de la condena es este ambiente de unidad fingida, de unidad falsa». El Papa recordó que «en una medida más restringida» todo esto «sucede en nuestras comunidades parroquiales, por ejemplo, cuando dos o tres comienzan a criticar a otro y comienzan a hablar mal de aquel y hacen una unidad fingida para condenarlo». Juntos, continuó Francisco, «se sienten seguros y lo condenan: lo condenan mentalmente, como comportamiento; después se separan y hablan uno contra el otro, porque están divididos». Y precisamente por eso, remarcó, «el chismorreo es un comportamiento asesino, porque mata, acaba con la gente, acaba con la “fama” de la gente».

Y «el chismorreo es lo mismo que hacían estos con Pablo, lo mismo que hicieron con Jesús: desacreditarlo» y «una vez desacreditado, lo echan». «Pensemos en la gran vocación a la que estamos llamados: la unidad con Jesús, el Padre» pidió el Pontífice. Y «sobre este camino debemos ir, que se unan hombres y mujeres y que siempre busquen ir adelante en el camino de la unidad». Pero, insistió el Papa, «no las unidades fingidas que no tienen sustancia y que sirven solamente para dar un paso más y condenar a la gente y llevar adelante intereses que no son los nuestros: intereses del príncipe de este mundo, que es la destrucción». Y así Francisco concluyó su homilía auspiciando «que el Señor nos dé la gracia de caminar siempre en el camino de la verdadera unidad».



La brújula del pastor

Hay un pasaje del Evangelio según san Juan (21, 15-19) en el que cada cristiano, pero sobre todo los pastores de la Iglesia, mirando a Pedro pueden comprender mucho de la propia identidad. Es la «brújula de cada pastor». Es un paso íntimo, profundo, donde a través de un juego de miradas y de palabras entre Jesús y el apóstol y gracias al valioso auxilio de la «memoria» se llega a delinear con claridad el sentido de una vida y de una misión. Es el pasaje —comentado por el Papa Francisco en la misa celebrada en Santa Marta la mañana del viernes 18 de mayo— en la que «los discípulos estaban en el mar» y Juan reconoce a Jesús en la orilla: Pedro, «emocional» como era, se ajustó las ropas y se lanzó al mar, para ir a buscar al Señor con esa fuerza típica suya».

El pasaje está al final del Evangelio según san Juan, donde se da cuenta del «último diálogo de Pedro con el Señor». Un diálogo intenso, durante el que, dijo el Pontífice, «Pedro vuelve con los diálogos que había tenido con el Señor en la memoria. Este es el momento de la memoria de Pedro».

El Papa imaginó el flujo de memoria que en esos instantes agitó el corazón del apóstol, como una serie de instantáneas que hicieron rápidamente revivir a Pedro los años pasados al lado de Jesús. Recordó ciertamente «la primera vez, cuando el Señor le cambia el nombre» y «cuando Andrés fue entusiasmado a decirle: “Hemos encontrado al Mesías” y Jesús le mira a los ojos y le dice: “Tú te llamarás Pedro”». Después, «cuando fue a su casa y curó a su suegra. Después, cuando él tuvo el valor de decir lo que sentía en el corazón: “Tu eres Cristo, Dios...”».

De nuevo recuerdos: cuando la debilidad de Pedro «quería ahorrar al Señor el dolor de la paciencia...» y Jesús lo reprende: «Quítate de mi vista, Satanás», corrigiéndolo porque «ese pensamiento no es de Dios». Momentos hermosos como el de la transfiguración, «cuando quería permanecer allí con el Señor, hacer tres tiendas, aquel diálogo...»; y momentos dolorosos, como cuando Jesús le dijo: «Pero antes de que cante el gallo tú me renegarás». Después «el canto del gallo» y «aquel diálogo silencioso, la mirada de Jesús, tierna, sufriente». Cuando él «lloró».

Todas estas cosas, dijo Francisco, «venían a la mente de Pedro en aquel momento del diálogo con el Señor». Tanto es así que el Señor lo llama «Simón, hijo de Juan», usando su nombre de antes. Y, explicó el Pontífice, «el momento de esta memoria condensada de Pedro frente al Señor». Un momento que tiene algo que enseñar a cada cristiano: «El Señor quiere que todos nosotros hagamos memoria de nuestro camino con Él. Tal vez este es el día para hacerlo».

En este momento tan decisivo, «¿qué dice el Señor a Pedro? Tres cosas: “Ámame, pastorea y prepárate”».

Ante todo, subrayó el Papa, Jesús pide a Pedro: «Ámame más que los otros, ámame como puedas pero ámame». Y es «lo que el Señor pide a los pastores y también a todos nosotros. “Ámame”». Porque «el primer paso en el diálogo con el Señor es el amor. Él nos ha amado primero, pero nosotros debemos amarlo: “Ámame”».

Por lo tanto, él pide a cada pastor: «Ámame». Y después: «“Pastorea”. Tú eres pastor, pastorea. No gastes el tiempo en otras cosas. “Pastorea”. Tú estás llamado a pastorear, tu identidad es ser pastor. La identidad de un obispo, de un sacerdote es ser pastor. “Pastorea con amor, no hagas otra cosa, ama y pastorea”».

Siguiendo el diálogo del Señor con Pedro, el Papa añadió la tercera indicación. Se podría, de hecho, decir: «Y entonces, Señor, ¿me darás el premio? — Sí, prepárate, porque te llevarán a donde no quieras. Prepárate para las pruebas, prepárate para dejar todo porque venga otro y haga cosas diferentes. Prepárate para esta aniquilación en la vida. Y te llevarán por el camino de la humillación, tal vez por el camino del martirio». Las palabras de Jesús al apóstol parecen entonces repetidas in-

cluso hoy: «Aquellos que cuando eras pastor te alabaron y hablaron bien de ti ahora hablarán mal porque el otro parece ser mejor. Prepárate. Prepárate para la cruz cuando te lleven donde tú no quieras».

Tres conceptos simples: «Ámame, pastorea, prepárate». Esto es lo que afirmó el Pontífice, «la hoja de ruta de un pastor, la brújula para no perderse»: amar y dejarse amar por el Señor, vigilar el rebaño «día y noche», prepararse porque «te llegará la cruz; no sabemos si es interior o exterior, pero vendrá, como al Señor».

Una enseñanza clara y simple, a la cual Francisco, continuando en la lectura del Evangelio, hizo



una añadidura: parece, dijo, «que si un pastor hace todo esto, está bien. No, todavía hay otra cosa». El diálogo entre Jesús y Pedro, de hecho, termina con algunos versículos (21, 20-23) que propone la liturgia el sábado 19 de mayo. Juan escribe que «Pedro siente la mirada de Jesús, es feliz, se siente fuerte». Girándose, ve a Juan detrás de él y le dice a Jesús: «Señor, tú me has dicho qué será de mí. ¿Y qué será de él?» Pedro, es decir, explicó el Pontífice, «cae en otra tentación: mirar las vidas de los demás, meter la nariz en la vida de los demás. Y Jesús lo toma con fuerza», no de manera tan dura como cuando le dijo: «Quítate de mi vista, Satanás», pero le responde: «Si quiero que se quede hasta que yo venga, ¿qué te importa?». El Papa explicó: «El pastor ama, pastorea, se prepara para la cruz, despojado y no mete la nariz en la vida de los demás, no pierde el tiempo en las ternas, en las ternas eclesiales. Él ama, se pastorea y se prepara, y no cae en la tentación».

Quedan, concluyó Francisco, las tres enseñanzas fundamentales: «amar, pastorear y prepararse para la cruz». Estos tres aspectos «son el “sigueme”»; así Jesús quiere que los pastores lo sigan: amando, pastoreando y preparándose para la cruz».

Los confirmados en la vida de la Iglesia

Recibir para dar

«El don del Espíritu Santo hace madurar en los confirmados» frutos que les llevan «a convertirse, a su vez, en don para los demás». Lo subrayó el Papa continuando con las catequesis sobre la confirmación en la audiencia general del miércoles 6 de junio en la plaza de San Pedro.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Prosiguiendo la reflexión sobre el sacramento de la confirmación, consideramos los efectos que el don del Espíritu Santo hace madurar en los confirmados, llevándolos a convertirse, a su vez, en don para los demás. El Espíritu Santo es un don. Recordemos que cuando el obispo nos da la unción con el óleo, dice: «Recibe por esta señal el don del Espíritu Santo». Ese don del Espíritu Santo entra en nosotros y hace fructificar, para que nosotros podamos darlo a los demás. Siempre recibir para dar: nunca recibir y tener las cosas dentro, como si el alma fuera un almacén. No: siempre recibir para dar. Las gracias de Dios se reciben para dar a los demás. Esta es la vida del cristiano. Es propio del Espíritu Santo, por tanto, descentrarse de nuestro yo para abrirse al «nosotros» de la comunidad: recibir para dar. No estamos nosotros en el centro: nosotros somos un instrumento de ese don para los demás.

Completando en los bautizados la similitud con Cristo, la confirmación les une más fuertemente como miembros vivos al cuerpo místico de la Iglesia (cf. *Rito de la Confirmación*, n. 25). La misión de la Iglesia en el mundo procede a través de la aportación de todos aquellos que son parte. Alguno piensa que en la Iglesia hay patrones: el Papa, los obispos, los sacerdotes, y después está el resto. No: ¡la Iglesia somos todos! Y todos tenemos la responsabilidad de santificarnos el uno al otro, de cuidar de los demás. La Iglesia somos todos nosotros. Cada uno tiene su trabajo en la Iglesia, pero la Iglesia somos todos. De hecho debemos pensar en la Iglesia como un organismo vivo, compuesto por personas que conocemos y con las que caminamos, y no como una realidad abstracta y lejana.

La Iglesia somos nosotros que caminamos, la Iglesia somos nosotros que hoy estamos en esta plaza. Nosotros: esta es la Iglesia. La confirmación vincula a la Iglesia universal dispersa por toda la tierra, implicando activamente a los confirmados en la vida de la Iglesia particular a la que pertenecen, con el obispo a la cabeza, que es el sucesor de los apóstoles. Y por esto el obispo es el ministro originario de la confirmación (cf. *Lumen gentium*, 26), porque él incluye en la Iglesia al confirmado. El hecho de que, en la Iglesia latina, este sacramento sea ordinaria-

mente conferido por el obispo pone de relieve que «tiene como efecto unir a los que lo reciben más estrechamente a la Iglesia, a sus orígenes apostólicos y a su misión de dar testimonio de Cristo» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 1313). Y esta incorporación eclesial está bien significada por el signo de paz que concluye el rito de la crismación. El obispo dice, de hecho, a cada confirmado: «La

truir, con la lengua, la paz que ha hecho el Espíritu. ¡Pobre Espíritu Santo, el trabajo que tiene con nosotros, con esta costumbre del chismorre! Pensad bien: el chisme no es una obra del Espíritu Santo, no es una obra de la unidad de la Iglesia. El chisme destruye lo que hace Dios.

Pero por favor: ¡paremos de chismorrear! La confirmación se recibe una sola vez, pero el dinamismo espiritual suscitado por la santa unción es perseverante en el tiempo.

No terminaremos nunca de cumplir el mandato de difundir en todas

sumir la vida por Dios y por los hermanos. Que el Espíritu Santo nos conceda a todos nosotros el coraje apostólico de comunicar el Evangelio, con las obras y las palabras a cuantos encontramos en nuestro camino.

Con las obras y las palabras, pero las palabras buenas: aquellas que edifican. No las palabras de los chismes que destruyen.

Por favor, cuando salgáis de la iglesia pensad que la paz recibida es para darla a los demás: no para destruirla con el chismorre.

No olvidéis esto.



paz sea contigo». Recordando el saludo de Cristo a los discípulos la tarde de Pascua, colmada de Espíritu Santo (cf. *Juan* 20, 19-23) —hemos escuchado—, estas palabras iluminan un gesto que «expresa la comunión eclesial con el obispo y con todos los fieles» (cf. *CIC*, 1301). Nosotros, en la confirmación, recibimos al Espíritu Santo y la paz: aquella paz que debemos dar a los demás. Pero pensemos: cada uno que piense en la propia comunidad parroquial, por ejemplo. Está la ceremonia de la confirmación y después nos damos la paz: el obispo la da al que se confirma y después en la misa, la intercambiamos entre nosotros. Esto significa armonía, significa caridad entre nosotros, significa paz. Pero después, ¿qué sucede? Salimos y comenzamos a hablar mal de los demás, a «despellejar» a los demás. Comenzamos los chismorreos. Y los chismorreos son guerras. ¡Esto no funciona! Si nosotros hemos recibido el signo de la paz con la fuerza del Espíritu Santo, debemos ser hombres y mujeres de paz y no des-

partes el buen perfume de una vida santa, inspirada por la fascinante sencillez del Evangelio. Nadie recibe la confirmación solo para sí mismo, sino para cooperar en el crecimiento espiritual de los demás.

Solo así, abriéndonos y saliendo de nosotros mismos para encontrar a los hermanos, podemos realmente crecer y no solo engañarnos con hacerlo. Cuanto recibimos como don de Dios debe ser, de hecho, donado —el don es para donar— para que sea fecundo y que no sea, en cambio, sepultado por temores egoístas, como enseña la parábola de los talentos (cf. *Mateo* 25, 14-30). También la semilla, cuando tenemos la semilla en la mano pero no está para meterlo allí, en el armarío, dejarlo allí: está para sembrarlo.

El don del Espíritu Santo debemos darlo a la comunidad. Exhorto a los que se van a confirmar a que no «enjaulen» al Espíritu Santo, a no oponer resistencia al Viento que sopla para empujarlos a caminar en libertad, a no sofocar el Fuego ardiente de la caridad que lleva a con-

La exhortación a «sostener con cercanía y afecto a los sacerdotes», en particular en el mes de junio dedicado al Sagrado corazón de Jesús, fue dirigida por el Papa a los fieles de lengua italiana saludados al finalizar la audiencia general.

Saludo especialmente a los peregrinos de lengua española venidos de España y Latinoamérica.

De modo particular, saludo a los responsables y miembros de la Cadena COPE, con motivo de su convención anual, y que están acompañados por el presidente de la Conferencia Episcopal Española, cardenal Ricardo Blázquez Pérez.

Los animo a pedir la asistencia del Espíritu Santo en sus vidas para que les conceda la valentía de comunicar y anunciar la alegría del Evangelio, con palabras y obras, a cuantos encuentran en el camino de la vida.

Que Dios los bendiga.

Muchas gracias.